



CORPUS
CHRISTI
EN
TOLEDO
(ESPAÑA)

"CORPVS CHRISTI" AL SOL

POR

JOSE ANTONIO TORREBLANCA

DE la Santa Cena al Corpus se ha obrado la promesa de la muerte, el triunfo pascual y el estallido de la primavera. Ha pasado el nublado de la sangre. De la despedida, con su dulce congoja final y la presencia mortificante del comensal indigno, ha quedado el pan sobre la mesa redonda del mundo.

Este sol de jueves casi veraniego alumbra en el Corpus esa herencia estupenda que nos queda después de todo. Ya se han preñado las espigas, comen los gorriones en los cerezos y toda la Naturaleza, que San Buenaventura llamaba «arrabal del cielo», tiene la cosecha a punto para que vayamos a tomar las migajas en el mantel de la creación.

Por eso el día del Corpus tiene en España una luz que parece abrir solemnemente la clausura del campo y de la calle. Para ir a la procesión se ha librado la gente del color diario de la muchedumbre, que es el color tierra, y ha cobrado un señorío de sedas y paños al sol que ya no se puede ver en todo el año. En la arena regada por la savia de la juncia fresca, en los geranios de los balcones que se inclinan a la querencia del raso de los palios, en el verdín de las piedras viejas y en el galón dorado que estrena el guardia tiene la mañana del Corpus su centelleo de gloria majestuosa y pueril. Desde la esquina medieval, con vientos de noche en el alero, hasta el flequillo de ese niño que lleva un lazo nuevo, todo vibra al sol con la conciencia de un suceso enorme.

La hostia pura tiene una blanca calidad de trigo nuevo y nadie piensa que pudiera ser Cristo en su marco de oro pan trasañejo de la panera. Hasta los golfos saben que el brillo del sol del Corpus en los rayos de la custodia es algo establecido de modo irrevocable, como el mismo sol. Y no hay ratero internacional que, después de haber visto la resurrección de los cálices de España, racheados por el «golpe» gigantesco y bobo de la revolución dude que su oro y plata son tesoros inembargables, propiedad del día del Corpus, cuyo patrimonio está disuelto y batido de aromas tibios en el rayo del sol. Todo el oro y la plata de América han podido pasar de largo por las manos de España, menos los que se quedan entre los dedos del batihoja de Toledo para la gran custodia del Corpus. Y todavía quedará alguna hilacha para el galón del guerrero, para el bicornio del Poder constituido y para el abanico de la hembra guapa, que todos toman su luz a la vera del Corpus. ¡Vayan con Dios, centenes peruleros, onzas pasadas al dólar, señoras esterlinas! Cuando pasa la custodia bajo el sol de España, la luz teje con la yema de los dedos la telilla marfileña de la hostia, y es tan penetrante la hermosura de ese pétalo al trasluz, que al oro mismo, batido y soplado por Arfe, se le cae la corona, el dólar, la marca del becerro de oro, y toma su cruz de servicio, tan jornalero como el metal de la cuchara.

Pone en la mañana del Corpus una grandeza tan fina la belleza natural de España, que de pronto se revela como una clave el nacionalismo desdeñoso y lleno de jaquecas con que la orgullosa pobreza española se cierra a la hosca incompreensión del mundo. En el himno eucarístico oficial que entre los cierzos de El Escorial hizo el padre Restituto del Valle hay ese verso que ni las voces blancas de los seises pueden cantar sin estremecerse: «Dios está aquí». Pero «aquí», en Toledo, en Granada, en Madrigal, tierras de la Patria en Corpus, parece tan perfecta la glorificación tomada por la Eucaristía, que hace falta despabilar la emoción, recomponer la fe, para hacerse cargo de que la hostia no se municipaliza. Que «Aquí» es la hostia misma como Patria universal de los creyentes y pasto de la cristiandad. Hace falta entonces una virtud que no es característica del aldeano, la virtud de la inteligencia, para comprender que cuando se llama a España «Narciso de Europa» se acusa con burlona justicia el gran inconveniente de la hermosa: creer que se le localiza la divinidad. No llegue a tanto afán la alegría española del Corpus.

Lo que a Granada le sucede con la fiesta del Corpus es, literalmente, que se exhala entera. Así como Toledo ha sido el cruce pacífico—más o menos apacible—de Oriente y Occidente, Granada fué ciudad de sacrificio donde uno y otro tuvieron que separarse como la uña de la carne. La carne fué allí el oriental, a quien el asunto le dolió de veras. No por la forzosa unidad de la conquista, que política y militarmente era inevitable con los Reyes Católicos, sino en el áspero forcejeo de la fe y las costumbres, que culminó con la sublevación de los moriscos. Esa especie de pasmo, de triste hermosura que tiene la Granada de todos los días y todas las noches, se

transfigura en el Corpus. Salen al sol las castellanas de los «cármenes» y una riqueza fondona y legítima, porque Granada es rica, le brota de todas partes: de la gitanería, que es lo menos legítimo de Granada, y de los palacios todavía como entreabiertos al paso de su fundador, el Fajardo cristiano o el Venegas morisco. Por contraste con Sevilla, que siempre se parece un poco demasiado a sí misma. Granada en la fiesta del Corpus es como una hermosa algo «pava» que de pronto se anima. La espuma alegre del Corpus es allí un rubor.

Granada fué la última ciudad española que recuperó la Eucaristía. Más exactamente, la estrenó, porque la espléndida creación hispanoárabe dejó a la Granada vieja en los puros huesos del recuerdo. La hostia entró en la Alhambra triunfalmente. Hasta bien llegado el siglo XVI, mientras la catedral estuvo en la mezquita de los emires y en el palacio árabe que luego fué convento de San Francisco, la procesión del Corpus se celebraba en la Alhambra, en torno al templo y los palacios reales, por el Secano y la Plaza de los Aljibes. Llevaba gran música y color de la zambra morisca, y si del primer arzobispo, fray Hernando de Talavera, hubiera dependido, nunca se habría quitado aquel alborozo del Corpus primero ni habrían sucedido otras violencias que hicieron historia.

Hay un texto muy curioso del caballero morisco Francisco Núñez Muley en una manifestación que hizo al presidente don Pedro de Deza para protestar de la prohibición imperial de las zambras y otros regocijos públicos usados por los moriscos: «El arzobispo holgaba que las zambras acompañasen al Santísimo Sacramento en las procesiones del día del Corpus Christi y de otras solemnidades, donde concurrían todos los pueblos a porfía unos de otros, qual mejor zambra sacaba; y en la Alpuxarra, andando en la visita, quando decía misa cantada, en lugar de órganos, que no los había, respondían las zambras y le acompañaban de su posada a la iglesia. Acuérdomme que quando en la misa se volvía al pueblo, en lugar de *Dominus vobiscum*, decía en arábigo: *Y baraficum*, y luego respondía la zambra».

De esto no queda nada. La zambra gitana, hoy perfectamente industrializada, es otra cosa, y en la fiesta del Corpus queda bien como regocijo civil en sus espeluncas o en sus chumberas, tal vez en los maravillosos jardines del Partal. Lo gitano, tan parecido a lo árabe granadino como puede serlo una «samba» de Harlem a una danza escocesa, no llegará a fundirse con Granada mientras conserve en sus alcázares y callejones con bardas de jazmín ese rumor de aguas en que se espesa un silencio dramático. El «asunto» de Granada tiene la gravedad solemne de un lance entre caballeros, y lo que allí se consumó entre lo hispanocristiano y lo hispanoárabe fué el lance histórico entre dos versiones de la Caballería.

La Tarasca del Corpus es un injerto provenzal que no le da a Granada ningún carácter propio, pero tampoco merma a su grandeza jubilosa. Va delante de una custodia que donó la Reina Isabel a la catedral y que ha ido acumulando primores de Diego de Valladolid, de Téllez y de Serrano Salvaje a lo largo de los siglos XVI y XVII. Por las calles de la ciudad moderna, que tienen siempre el polvo huertano en sus escaparates de provincia muy al día, es un manso huracán de rosas, de juncia, de colores y aromas lo que cae desde cada marjal y cada «carmen» sobre el palio del Señor.

Queda luego la fiesta abierta, que hoy cuida primorosamente un alcalde universitario, de los que no sólo administran, sino que tañen su ciudad, don Antonio Gallego Burín. El festejo del Corpus difícilmente tiene en Granada el resuello aceitoso de los grandes desperezos populares, porque el signo andaluz de Granada, dígame más de una vez, es un grave señorío. Ya habrá en 1911 fiestas de aviación en Armilla, como en 1907 habrá ido a la estación toda la Granada oficial bajo mazas a recibir a los forasteros de los trenes botijos, o en 1900 unos bigardos llamados moros argelinos correrán la pólvora en el hipódromo. Pero siempre le llega a Granada su noche en el palacio de Carlos V, cuando la música sinfónica rebota en los escotes de las mujeres y se va con las tórtolas despiertas a lo alto de las torres y de los cipreses. Granada incorpora al Corpus su día y su noche enteros, su silencio, sus rumores y esa frescura de muerte que traspasa la sangre de quien la siente como Granada es.

Todo lo que en Granada tuvo comienzo y fin parece haber sucedido para que al paso de la hostia el sol de España resbale en las murallas de corteza sangrienta y caiga a proclamar entre el oro y las flores el triunfo de la Eucaristía.